

8

Sergio..... El tenía un nombre que no le convenía, un nombre sereno y casto con algo de estepa, fatalidad y popería. El era un muchacho de ojos porcinos que, a veces, en las malicias, tenían miradas de simio, pequeñas, agudas y negras. Todo él estaba en su piel, de una frialdad y un matiz y una tersura y una luz de ámbar. El también estaba en su cabeza, que era una moña brillante de crespos y duros cabellos castaños en la frente calva. Yo no puedo recordarle sino como un hombre que pasa rapidísimamente por una calle populosa, gacho, alambrado, que oculta la cara en la prisa. El también era en el sonido de sus tacos al caminar, sonar incoloro, seco, de madera golpeada. Sergio estaba en toda su figura. Era imposible saber más de él: Sergio mentía como nadie, con el alma toda, más allá de la verdad y la verosimilitud, más allá..... Y así, siempre. Un día, Sergio se metió a fraile. Y nada más se ha sabido de él. Eugenio d' Ors, distinguido filósofo dominico, puede escribir su vida—la de Sergio—con santa esperanza de averiguar con verdad por qué se metió a fraile un muchacho que tenía los ojos de puerco y que mentía como nadie. Y hasta podría D' Ors relatarnos su muerte bajo un crucifijo grande e impiadoso como la muerte, cogido de una palabra postrera tan simple de soledad y con toda la mañana en el judas de la celda. Y podría añadir gordas sutilezas a la sencillez de la muerte de un fraile de barbas viejas que alguna vez fué joven y sexual. ¡Oh, que libro maravilloso podría hacer Eugenio d' Ors con la vida y la muerte de Sergio! ¡Cómo conviene a una vida inmotivada e insensata, la filosofía bienplantada, buenamoza, rica de ovarios, tan sabidora de hombres, salerosa, ingenuaza, del Glosador! Me parece estarlo leyendo..... y así..... Pero examinemos, Glosador, y que el amor no nos arrastre: medir, comparar..... "Pero, no sé por qué, yo creo de vez en cuando que Sergio no morirá nunca; que, a la hora de morir, hará el muerto; que se dejará enterrar, y que, a los dos días, se desenterrará el mismo y volverá a Lima a mentir del convento y a principiar vida nueva. Ojalá sea así..... Pero el libro de Eugenio de Ors quedaría sin ser escrito, y yo, sin saber cómo era Sergio. Pero ello no ha de suceder. La muerte no es una verosimilitud: es una verdadera verdad.

9

Ella me gritó que me quería, con toda su cara, fresca y cubierta más que nunca de pelusas de toalla; desnuda, fría y jugosa en el mameluco amarillo, como las naranjas por dentro; casi me cayó en los brazos: lo impidió un aire contrario, súbito; le dije que estaba aterradora e inofensiva como un lobo de mar; no me creyó; le temblaron las pantorrillas, glúteas, lívidas; yo la reproché su impertinencia, su impudicia, su mala fé, sus diecisiete años, sus pies descalzos que podían herirse; ella advirtió que mordía como los tramboyos en tierra y me enseñó su dentadura piscina; también sabía arañar, como las nutrias perseguidas, y desenvainó lentamente sus uñas—nada córneas: calinas, opacas—; dejó que yo me asustara; bajamos al playón, creo que por una sogá, como los gatos de los vapores caleteros; retornamos a la glorieta en el agua; me midió la locura en los ojos con los suyos; se afirmó con un esguince los tirantes de su desnudez en los hombros, pálidos; quiso decirme, como a los niños caprichosos: ¡sericito, o no hay merienda....., pero temió hacerme llorar; mi tórax de muchacho estudioso la disuadió de mis palabras; me perdonó; se puso natural; el frío le radiografió los muslos y le anudó los brazos; miró a lo lejos del muelle redondo; de pronto, en una parábola estupenda, incomprensible, se arrojó en el semimar de los bañistas, de cabeza, detrás de su peluca invertida, que pendía como los tentáculos de un pulpo de un garfio en el mercado; hubo que esperarla en la playa, en la penumbra de caverna marina, entre comerciantes mayoristas cetáceos friolentos y peludos y ver-

V I A J E

*Para que te olvidara
el mar me abrió su brazos de horizonte.*

*En los claustros lejanos de la noche
se hunden la luz y las gaviotas*

*y vuelven a volar ante mis ojos
desde las manos blancas
de la aurora..*

*Por el mismo camino de este barco
tus huellas florecen en la
e s p u m a*

*Viene a cantar nostalgias
tu ausencia hecha sirenas
Viene a cantar nostalgias
entre los heliotropos
del poniente.*

*Y el mar me abrió sus brazos
para que te olvidara.*

ARMANDO BAZAN.

ticales y hedores de marisco humos verdes; ella salió de su remojón vestida de agua, y ya no me quería; los dos bajo la plataforma; pensé en una aguamala, cáustica y linda, pero no, no..... la cogí de una mano, que se escurría como un pez; y la arrastré en una dolorosa carrera sobre guijarrones esféricos, hasta la luz y lo desierto; se me insensibilizaron los talones; tropezamos las manos enlazadas con un riel erecto, inútil, que equilibraba una piedra tonta en la punta y nos desunimos; ella quiso ser un riel que no se pudiera arrastrar por la playa así nomás; una lagartija de azogue se llevó una triste mirada suya; quiso perdonarme con toda su alma, y yo no lo permití; se cayó el vestido de humedad de ella; golpeó la playa con las rodillas, y dijo que no.

Al acabar la calle urbanísima, principia bruscamente el campo. De los ranchos, con sus patiecitos y sus palmeras y sus matas de campanillas, se cae en las matas de retamas, en los montículos de tierra fofa, en las tapias de adobe, en los parvos sembríos de legumbres, en los azules monótonos del cielo.... Piaras de asnos, en una parda nube de polvo, cargan adobes todo el día de Dios. Un jacarandá muy viejo, que es un inspector municipal de ornato jubilado, mata el tiempo, tan largo, de esta primera tarde, haciendo unas pocas flores, de una prolija perfección, que, ya acabadas, echa de sí, con aburrimiento impaciente de mandarín en su rincón de este súbito suburbio. Y en el horizonte, un olor ciego de humo barre la perspectiva de álamos y mámoas, de un pálido color de granito, casi azules. Una paloma pasa, baja, llevando en el pico una campanada de la Parroquia, y la campanada es una paja para el nido. Una cholita tira del ronzal de una mula inmensa; y la cholita no tiene todavía quince años; y la mula se enterca en no moverse; y la cholita tensa más y más el arco de su cuerpo fragilísimo; y la mula se afirma en las patas delanteras; y yo quiero raptar a la cholita y fugarme con ella en la mula a la sierra, tan próxima, que sus cimbras me arañan la piel de la nariz, haciendome bízquear, cuando la miro fijamente. Y yo descendería, con la cholita en mis brazos y la mula entre mis piernas, a una sima sombría llena de cactus, con una sonámbula seguridad en la pesadilla feliz; y....la mula ha hecho escapar el ronzal de las manos de la cholita, y ahora corre, bruta, gacha, curva, en un rápido y sordo pateo por el camino pegada a la tapia, sin saber a donde ir.... Y el ronzal, que se arrastra, medio hundiéndose en el polvo, es la pulcra y perversa ironía de un rabo de rata....